

ya..... dice que no es cosa buena. ¿Se entera, niña, se entera?

—Mira tú si me entero, contestó Mercedes; como que anoche, ántes de retirarme á mi cuarto, entré en el tuyo y te besé, y no me sentiste porque estabas profundamente dormida.

—¡Dormida!..... exclamó la señora de Vegahonda.

—Dormida, mamá, dormida. ¿Es verdad, Francisca?

La negra hubiera querido excusar la respuesta en obsequio de su madrina; pero los ojos de la criolla, clavados en ella, le obligaron á mover la cabeza en señal afirmativa.

—Bueno, dijo la madre, estaria dormida; es muy posible..... ya se ve..... si el dolor no me dejaba estar de otro modo, me dormiria..... ¿qué habia de hacer, sino dormirme?

—Muy bien hecho..... Siempre que te invada la jaqueca, duérmete, y yo te aseguro que te mejorará. Hoy te sientes bien, ¿no es cierto?

—No, niña, no me siento bien.... Mire, me siento mal.

—¿Qué tienes? ¿Te acomete de nuevo la jaqueca?

—No.

—Entonces.....

—Mire, niña, la vida es un torbellino que nos lleva de una parte á otra; y ya ve, al fin y al cabo hay que descansar.

—¡Piensas morirme! exclamó Mercedes.

—Pienso que al fin y al cabo tendré que morirme.

—¡Oh! ¿por qué piensas eso?

—Niña, porque es preciso pensar en todo.

—Pues yo no quiero que te mueras.

—Tampoco quisiera yo morirme..... pero, niña, es preciso.

—Preciso..... Mire V. qué gusto de affirme; ¿para eso me has llamado?

—Pero, niña mia, ¿he de ser eterna?

—No seas eterna, no te pido tanto, quiero ser razonable; lo único que te pido es que no te mueras.

—¡Oh! ¡oh! exclamó la señora; alguna vez he de descansar del afan de la vida. ¿No es verdad, Francisca?

La negra no se atrevió á decir que no, ni

quiso decir que sí; de manera que conservó la cabeza inmóvil sobre su cuello atezado y robusto; pero sus manos se habían asido á la falda del vestido de su madrina, y apretaba la tela entre sus dedos, como si, viéndola al borde de un abismo, quisiera detenerla.

La señora de Vegahonda escondió el labio de arriba en el labio de abajo, y haciéndolos sonar al separarlos, dijo:

—No es posible, niña, detener la muerte; tarde ó temprano llega, y lo único que deseo es morir tranquila.

—¡Qué conversacion tan triste! exclamó Mercedes; ¿por qué hablas de ese modo?

—Hablo así, porque es preciso que pienses.

—¿En qué?

—En tí.

—¿En mí!

—Dígame, ¿no ha pensado nunca en ello?

—Nunca.

—Es rica.

—Mucho.

—Es jóven.

—Algo.

—¿Por qué no se casa?

Al hacer esta pregunta la señora, respiró como quien se desembaraza de un peso enorme.

—¡Casarme! exclamó Mercedes.

—Sí, niña, sí, añadió la madre.

Hubo la pausa necesaria, con que todo orador separa el exordio del cuerpo del discurso. Ambas comprendieron que iban á entrar en el fondo de la cuestion, y ambas se prepararon á lanzarse á la eventualidad del combate.

Era un entreacto: despues de la trabajosa exposicion que hemos presenciado, venía el nudo, el enredo, y Dios sabe cuál sería el desenlace.

Si me es permitido dar á las cosas pequeñas el nombre de las cosas grandes, diré que este drama no tenía más que un espectador; público mudo, que oía, veía y callaba.

Este espectador único era la negra, envuelta en su capa de púrpura; todo el público se componía de Francisca, indolente-

mente acurrucada á los piés de su madrina.

Mercedes fué la que rompió el silencio, y lo hizo en los términos siguientes, frios, breves y precisos:

— ¡Casarme!..... Has puesto el dedo en la llaga de mi corazón, y quiero hablarte con franqueza. Soy mujer, y deseo casarme; soy rica, y temo hacerlo.

— Niña, le dijo su madre; habla como un personaje de novela, y yo no la entiendo. Cuando yo me casé con tu padre, tenía muchos pesos; yo no sé los pesos que tenía; había en la casa cincuenta esclavos, y me tocaron, á la muerte de mi padre, dos ingenios; y mire, me casé con tu padre.

— Hé ahí, señora, replicó Mercedes, una cosa que yo no puedo hacer. Mi padre era pobre, pero digno de tí. Lo mismo que tú, yo también me hubiera casado con mi padre.

— No desatines. Yo me casé, y no lo siento; pero, niña, sépalo, tu padre no era duque.

Palidieron las mejillas de la criolla, y sus ojos chispearon como el pedernal herido por el acero; húmedeció sus labios, querien-

do, sin duda, suavizar la pronunciación de las palabras que iban á salir de su boca, y en tono, al parecer, tranquilo se explicó de esta manera:

— Sé que pertenezco al Duque por un compromiso de familia, en el cual ni él ni yo tuvimos parte ninguna. Sé que en América el padre del Duque y mi padre se hicieron mutuos favores. Una vez el Duque salvó la vida á mi padre, otra vez mi padre salvó la honra del Duque, y quisieron perpetuar la amistad que se profesaban por medio de la alianza de ambas familias. De este modo fuí destinada á duquesa desde los primeros años de mi vida. Sé todo eso perfectamente, y pensé siempre cumplir la voluntad de mi padre, y la cumpliré, si es preciso, uniéndome á un hombre que no ha visto nunca en mí más que una pingüe fortuna, que me ha expuesto con su orgullosa indiferencia y sus aviesas aventuras á las sonrisas malévolas de la maledicencia, y que ahora sufre con despreciable bajeza las humillaciones que mi desden le impone. ¿Quieres que me case con ese hombre? Me casa-

ré, será dueño de mi fortuna; pero renunciaba á verme dichosa.

Cuando acabó de hablar, parecía apagado el fuego de sus ojos por las sombras de las lágrimas, y habia en la expresion de su boca tal acento de firmeza, que Francisca, cruzadas las manos sobre las rodillas, la contemplaba con admiracion y con espanto, mientras la señora de Vegahonda, atónita por lo que acababa de oír, entreabria la boca, sin acertar á pronunciar palabra, vencida por aquella carga repentina de elocuencia, que habia destrozado todos sus planes.

Sin embargo, no eran los arrebatos fenómenos propios de su temperamento, y aunque, como vulgarmente se dice, tenía tambien su alma en su almarío, tomaba las cosas con calma, porque la buena señora jamas tuvo prisa para nada.

No se le ocultaba que su hija no sentia hácia el Duque una pasion demasiado viva; pero nunca pudo sospechar que lo aborreciera, si bien veía que la niña huía de toda conversacion de matrimonio.

Verdaderamente la viuda de Vegahonda

no habia pensado en morirse tan pronto; cosa muy natural, porque ella, que lo dejaba todo para despues, es claro que la muerte la habia de dejar para despues de todo; mas habló de morirse para enternecer á su hija, inclinando su ánimo al proyectado matrimonio con el Duque.

Y aquí ocurre preguntar: ¿Cómo esta señora, incapaz de precipitar el curso de ningun suceso, mostraba de pronto urgencia por casar á su hija única, bastante jóven para no atropellarse en materia tan delicada, y suficientemente rica para encontrar marido en el momento que lo quisiera?

Es muy sencillo: el Duque, apelando al último recurso, puso en movimiento la pesada máquina de la madre contra la inexpugnable reserva de la hija. Esto era lo que, militarmente hablando, se llama hacer un reconocimiento, en el ajedrez adelantar una pieza, y en el juego ordinario de la vida tantear el vado.

Quería, por lo ménos, averiguar si la criolla se determinaria á romper por sí y ante sí el compromiso de las familias, para

arreglar en uno ó en otro caso su plan de campaña, pues estaba resuelto á quemar en la empresa hasta el último cartucho.

— ¡Hola, hola! exclamó la señora..... ¡qué cosas!..... me llena de asombro. No hay prisa, no hay prisa de que se case; pero dígame, niña, ¿quién se atrevería á echar abajo la palabra de tu padre?..... Mire, sería capaz de resucitar, si tal cosa sucediese..... y tenía un genio como un rayo. Cásese, niña, cátese.

Mercedes dobló la cabeza, se cubrió el rostro con las manos, y rompió en sollozos tan profundos, que á la negra se le llenaron los ojos de lágrimas.

— No se case, no se case, se apresuró á decir la madre; pero, explíqueme, ¿quién puede sacarla de este paso?

— Tú, contestó Mercedes.

— ¡Yo! exclamó la madre mirando á derecha y á izquierda, como el que se encuentra entre dos fuegos. ¡Yo! Vamos, no sabe lo que dice.

— Tú, volvió á repetir enjugándose los ojos. Tú, tú.

Acceder á semejante pretension era declararse en completa derrota, cuando precisamente le habia prometido al Duque una intervencion victoriosa. La pobre señora se encontraba entre la espada y la pared, y no hallándose su ánimo en disposicion de inventar un recurso heroico, siguió el ejemplo de su hija, torció la boca y echó á llorar; los sollozos volvieron á hinchar el pecho de la criolla, y á la negra se le hacian agua los ojos, de modo que aquello era un mar de lágrimas.

Serenáronse poco á poco aquellos tres rostros afligidos, y la señora de Vegahonda, que habia tenido tiempo de adoptar una resolucion heroica, dijo con dulzura:

— Yo, hija mia, no puedo sacarla del compromiso en que su padre la puso; pero ya se lo he dicho, no tiene prisa de casarse..... espere, espere..... trátense más tiempo, y no me llore, niña, no me llore.

Habia necesitado de toda su energía para oponerse al deseo de su hija, porque, en efecto, era pedirle demasiado; era ponerle delante una empresa ante cuyas dificultades

su voluntad perezosa caía desfallecida. ¡Desatar un lazo tan fuertemente apretado por el convenio de ambas familias y por la fuerza misma de la conveniencia, ella, que era incapaz de desatar el cordón de su bata! Eso rayaba en lo imposible. Su naturaleza pasiva se resistía á la pretensión de Mercedes, como se resiste un muro, por pura inercia; y no teniendo su corazón de madre valor para seguir avanzando, ni fuerzas para emprender resueltamente la retirada, propuso un armisticio; esto es, propuso dejar las cosas como estaban, para tener, á lo ménos, el consuelo de cruzarse de brazos.

La hija, por su parte, vió desde luego el fin á que se encaminaba la conferencia, y aunque parecía inclinada á eludir toda conversacion referente á su proyectado matrimonio con el Duque, su deseo era más bien provocarla de un modo directo y terminante. Así es que, aprovechando la primera indicacion de su madre, le salió vigorosamente al paso de la manera que hemos visto. No tenía seguridad de poner á su madre en movimiento contra la tenaz é irritada

persistencia del Duque, pero sabía que la señora de Vegahonda no sería insensible ni á sus palabras ni á sus lágrimas, y como toda mujer que conoce la fuerza de sus recursos, protestó primero con energía, se sometió despues con humildad, y lloró, por último, con desconsuelo.

— No quiero afligirte más con mis lágrimas, dijo enjugándose los ojos; pero no hablemos más de este asunto, porque siempre nos será enojosa una conversacion en que se han de encontrar en pugna la palabra de mi padre, tu deseo de que se cumpla y mi propia felicidad.

La madre pareció que reflexionaba, y debió ser así, porque mirando á su hija atentamente, le preguntó :

— Dígame, niña, ¿el Duque le es indifente?

— ¡Oh! exclamó, me es odioso.

— Bien, bien..... no le preguntaba tanto.

— Yo se lo digo todo.

— Entónces, dígame : ¿le ha llegado á interesar..... el Vizconde?

— No.

—¿César?

—Tampoco.

—¿El marino, niña, el marino?

—Méenos.

—¿Qué le dice el corazon?

—Nada, señora, contestó Mercedes. Tú no lo debes saber, y yo no quisiera saberlo.

—¿Por qué?

—Porque ese hombre.....

—¿Cuál, niña, cuál?

En aquel momento entró un criado diciendo :

—El señor Duque.

La señora de Vegahonda dijo :

—Que pase.

Entró el Duque en la habitacion con aire suelto y seriamente vestido con todo el rigor de la moda. Habia en su traje riqueza, buen gusto y formalidad. Un observador, al examinarlo, habria creido descubrir á un calavera de buen tono, que empezaba á sentar la cabeza.

De una ojeada recogió todos los pormenores del cuadro que se ofrecia á su vista, y se adelantó diciendo :

— Sentiria interrumpir alguna de esas conversaciones íntimas que forman la vida de la familia, y desde luégo reconozco lo intempestivo de mi presencia; mas he sabido que la jaqueca hizo aquí anoche una de sus hazañas, y he querido enterarme personalmente del estado de la enferma.

Hablando así, presentaba su mano á la señora de Vegahonda, que asiéndola le dijo :

— Siéntese, siéntese..... eso es lo primero. Muchas gracias por el interés que se toma..... Me siento bien.

Antes que el Duque tomara asiento, Mercedes se puso de pié, besó la frente de su madre, saludó al Duque con ceremoniosa cortesía y salió de la estancia, pisando la alfombra con pasos majestuosos.

Sentóse entónces el Duque junto á la señora de Vegahonda, y puso su mano sobre la cabeza de Francisca con cariñosa benevolencia. La negra cerró los ojos, comprimiéndose como si experimentara un repentino estremecimiento.

— Oiga, amigo, empezó á decir la señora en tono confidencial. La niña está resuelta á

cumplir la voluntad de su padre. ¿Es verdad, Francisca?

La negra, acostumbrada á esta pregunta, la oyó con sorpresa, pues no acertó á contestar, y cruzando las manos y mirando al Duque con expresion compasiva, permaneció callada.

— Perfectamente, contestó el Duque; eso resuelve todas las dificultades.

— Pero sepa, añadió la señora..... que la niña no quiere casarse. ¿Es verdad, Francisca?

La negra movió la cabeza, contestando :

— Sí, madrina.

Y en sus ojos, siempre fijos en el Duque, se aumentó la expresion de lástima que ántes hemos advertido, al ver que éste inclinaba la cabeza y se mordía los labios, visiblemente contrariado por las últimas palabras de la señora de Vegahonda.

Al inclinar la cabeza, los ojos del Duque se encontraron con los de Francisca. La negra suspiró y bajó los párpados, como quien echa un velo sobre su semblante.

Siempre que se bajan los párpados, los

ojos miran al suelo, y los de la negra fueron á parar al remate de la cortina, detras de la que habia desaparecido la criolla, y vió la punta de un pié indiscreto, que asomaba imprudentemente entre la cortina y la alfombra.

Éste fué el día en que Mercedes escribió la segunda carta que hemos leído en el capítulo que antecede.